

El retrato de Dorian Gray

Editorial Belvedere

OSCAR WILDE

# El retrato de Dorian Gray

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



**Editorial  
Belvedere**

Título original: *The Picture of Dorian Gray*

Primera edición: noviembre 2018

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L. U.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-0-5

Depósito Legal: M-22862-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

EL RETRATO DE DORIAN GRAY

Editorial Belvedere

## I

Un intenso aroma a rosas llenaba el estudio y, cuando la ligera brisa de verano agitaba los árboles del jardín, entraba por la puerta abierta la fuerte fragancia de las lilas o el perfume más delicado del espino albar en flor.

Desde la esquina del diván de alforjas persas en el que, tumbado, fumaba innumerables cigarrillos como era habitual en él, lord Henry Wotton alcanzaba a ver el brillo de las encantadoras flores de color de miel del codeso, cuyas trémulas ramas apenas parecían capaces de soportar el peso de una belleza tan refulgente como la suya; y, de vez en cuando, las fantasmagóricas sombras de pájaros en vuelo revoloteaban por las largas cortinas de seda de tusor que estaban extendidas ante la enorme ventana, y que producían una suerte de momentáneo efecto japonés que le recordaba a los pálidos pintores de rostro de jade, los cuales, en un arte por fuerza inmóvil, buscan transmitir la sensación de velocidad y movimiento. El hosco murmullo de las abejas al abrirse paso entre el largo césped sin cortar, o al dar vueltas con insistente monotonía alrededor de las agujas coronadas de oscuras hojas de las malvarrosas de principios de junio, parecía volver la calma más agobiante, y el apagado clamor de Londres era como la nota de bordón de un órgano lejano.

En el centro de la habitación, sujeto a un caballete recto, se encontraba el retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza, y sentado delante de él a escasa distancia estaba el propio artista, Basil Hallward, cuya repentina desaparición unos años atrás causara entonces tanto revuelo entre la opinión pública y diese lugar a tantas extrañas conjeturas.

Mientras contemplaba la figura refinada y atractiva que tan hábilmente había reflejado con su arte, le recorrió el rostro una sonrisa de satisfacción que pareció ir a quedársele ahí. Sin embargo, de pronto se movió y, cerrando los ojos, se puso los dedos en los párpados, como si quisiera atrapar en su cabeza algún curioso sueño del que temiese ir a despertar.

—Es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho nunca —dijo lord Henry lánguidamente—. Desde luego tienes que enviarla el año que viene a la Galería Grosvenor. La Real Academia es demasiado grande y vulgar. El único lugar idóneo es la Galería Grosvenor.

—No creo que la envíe a ninguna parte —contestó el pintor echando la cabeza hacia atrás de ese modo extraño que tanto hacía reír a sus amigos en sus tiempos de Oxford—. No, no la voy a mandar a ninguna parte.

Lord Henry enarcó las cejas y lo miró asombrado a través de las delgadas espirales azules de humo que le subían, formando tan caprichosas volutas, del cigarrillo fuertemente impregnado de opio.

—¿Que no la vas a enviar a ninguna parte? Pero ¿a qué viene eso, mi querido amigo? ¿Hay algún motivo? Mira que sois raros los pintores. Hacéis lo que sea con tal de conseguir la fama y, en cuanto lo lográis, parece como si os quisierais librar de ella. Y eso es una tontería, pues en esta vida solo hay algo peor a que hablen de uno, y es que no hablen. Un retrato como éste te situaría muy por encima de todos los jóvenes artistas de Inglaterra y pondría a

los viejos muy celosos, en el caso de que los viejos sean capaces de sentir alguna emoción.

—Sé que te vas a reír de mí —contestó Hallward—, pero de verdad que no puedo exponer este cuadro. Hay demasiado de mí en él.

Lord Henry estiró sus largas piernas en el diván y se desternilló de risa.

—¿Ves?, sabía que te ibas a reír, pero de todos modos es la verdad.

—¿Que hay demasiado de ti en él? Caramba, Basil, no tenía ni idea de que fueses tan vanidoso. Lo cierto es que no veo ningún parecido entre ti, que tienes facciones duras y pelo negro como el carbón, y este joven Adonis que parece hecho de marfil y pétalos de rosa. Mi querido Basil, él es un Narciso, mientras que tú... bueno, sí, tú tienes expresión intelectual y todo eso, por supuesto, pero la belleza, la verdadera belleza, termina donde comienza la expresión intelectual. El intelecto es de por sí una exageración que destruye la armonía de cualquier rostro. En cuanto uno se sienta a pensar, se convierte en todo nariz, en todo frente o en alguna otra cosa horrorosa. Fíjate en los hombres de éxito de cualquiera de las profesiones eruditas. ¡Qué horrendos son! Menos los de la Iglesia, por supuesto, pero, claro, en la Iglesia no hay que pensar. Un obispo sigue diciendo a los ochenta años lo que le enseñaron a decir cuando era un muchacho de dieciocho, y, por lo tanto, siempre conserva un aspecto encantador. Este misterioso y joven amigo tuyo, cuyo nombre nunca me has dicho, pero cuyo retrato me fascina por completo, jamás piensa. Estoy totalmente convencido de eso. Es un ser hermoso y estúpido que siempre debería estar aquí en invierno, cuando no tenemos flores a las que mirar, y siempre debería estar aquí en verano, cuando necesitamos algo que enfríe nuestra inteligencia. No te precies tanto, Basil, porque no te pareces en nada a él.

—No me entiendes, Harry. Pues claro que no me parezco a él; lo sé muy bien. De hecho, lamentaría parecerme a él. Ah, ¿te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. Toda excelencia física e intelectual está rodeada de fatalidad, de la clase de fatalidad que a lo largo de la historia parece ir pisándoles los talones a los tambaleantes reyes. Es mejor no ser distinto a los demás. Los feos y los estúpidos son quienes mejor viven. Se sientan discretamente y contemplan boquiabiertos la representación teatral. Aunque nunca lleguen a saber lo que es el triunfo, al menos se libran de conocer lo que es la derrota. Viven como todos debiéramos: tranquilos, con mediocridad y sin desasosiegos. Ni arruinan la vida de los demás ni a ellos se la arruinan nunca. Tu posición y fortuna, Harry; mi inteligencia, sea la que sea, y mi fama, valga lo que valga; el atractivo de Dorian Gray: todos sufriremos por lo que los dioses nos han concedido, sufriremos terriblemente.

—¿Dorian Gray? ¿Ese es su nombre? —preguntó lord Henry recorriendo el estudio hacia Basil Hallward.

—Sí, ese es su nombre, aunque no te lo quería decir.

—Y ¿por qué no?

—Bueno, no te lo sabría explicar. Cuando aprecio a alguien muchísimo, nunca digo su nombre a nadie. Es como entregar una parte de esa persona. Y ya sabes lo que me encantan los secretos. Son lo único que puede conseguir que la vida contemporánea no resulte maravillosa o misteriosa. Lo más corriente se vuelve delicioso con tal de que uno lo oculte. Cuando me voy de la ciudad, nunca le digo a nadie adónde. Si lo hiciera, ya no me proporcionaría ninguna satisfacción. Me figuro que es una costumbre tonta, pero que en cierto modo parece llenar la vida de romanticismo. Supongo que pensarás que soy muy idiota...

—En absoluto —contestó lord Henry poniéndole una mano en el hombro—, en absoluto, mi querido Basil. Se te olvida que estoy casado, y el único encanto del matrimonio es que hace necesario que



ambas partes lleven una vida de engaños mutuos. Nunca sé dónde está mi mujer, ni mi mujer sabe nunca lo que yo hago. Cuando nos vemos (porque a veces hasta nos vemos, ya sea para salir a cenar juntos o para ir a casa del duque), nos contamos las historias más absurdas con caras muy serias. A mi mujer eso se le da muy bien; de hecho, se le da mucho mejor que a mí. No se confunde jamás con las fechas, mientras que yo me confundo siempre. De todos modos, cuando me coge en algún renuncio, no monta ningún escándalo. A veces me gustaría que lo montara, pero ella se limita a reírse de mí.

—Cómo odio la forma en que hablas de tu vida de casado, Harry —dijo Basil Hallward mientras negaba con la cabeza y se dirigía lentamente a la puerta por la que se salía al jardín—. Creo que en realidad eres muy buen marido, pero te avergüenzas de tus méritos. Eres un hombre de lo más increíble. Aunque nunca dices nada con una pizca de moral, tampoco haces nunca nada malo. Tu cinismo es pura pose.

—¡Ser uno mismo es pura pose, y la más exasperante que conozco! —exclamó lord Henry riéndose, tras lo que los dos jóvenes salieron al jardín y estuvieron algún tiempo sin hablar.

Al cabo de esa larga pausa, lord Henry se sacó el reloj.

—Me temo que he de marcharme, Basil —murmuró—, pero antes insisto en que me contestes a algo que te he preguntado hace un momento.

—¿De qué se trata? —dijo Basil Hallward con la mirada fija en el suelo.

—Lo sabes muy bien.

—No, no lo sé, Harry.

—Bien, en ese caso te voy a decir de qué se trata.

—No, no lo hagas, por favor.

—Debo hacerlo. Quiero que me expliques por qué te niegas a exponer el retrato de Dorian Gray, y quiero que me digas la verdadera razón.

—Ya te he dicho la verdadera razón.

—No, me has dicho que era porque hay demasiado de ti en el cuadro, y eso es muy pueril.

—Harry —dijo Basil Hallward mirándolo a la cara—, todo retrato que se pinta con verdadero sentimiento es un retrato del artista y no del modelo. Este no es más que la excusa, la oportunidad. No es a él a quien revela el pintor, sino que es el pintor el que, en el lienzo coloreado, se revela a sí mismo. La razón por la que no voy a exponer este cuadro es que me temo que en él he mostrado mi secreto más íntimo.

Lord Harry se rio.

—Y ¿cuál es? —preguntó.

—Te lo voy a contar —afirmó Hallward, al que sobrevino una expresión de perplejidad.

—Soy todo oídos, Basil —murmuró su acompañante mirándolo.

—Bueno, en realidad no hay mucho que contar, Harry —contestó el joven pintor—, ni puede que llegues a entenderlo. Quizá ni siquiera llegues a creértelo.

Lord Henry sonrió y, agachándose, arrancó del césped una margarita de pétalos rosa que examinó.

—Estoy totalmente seguro de que lo entenderé —replicó mientras contemplaba fijamente el pequeño disco dorado de blanco emplumado—, y siempre me creo lo que sea con tal de que sea increíble.

El viento agitó unas flores de los árboles y las pesadas lilas, con sus racimos de estrellas, se movieron de un lado a otro en el lánguido aire. Un saltamontes empezó a chirriar en la hierba y una libélula larga y delgada pasó flotando con sus alas de gasa marrón. A lord Henry le dio la impresión de que podía oír los latidos de Basil Hallward y se preguntó qué iría a contarle.

—Bien, pues esto es increíble —repitió Hallward con bastante amargura—, o al menos a mí me parece increíble a veces.

No sé lo que puede significar. La historia es sencillamente la siguiente: hace dos meses fui a una reunión muy concurrida en casa de lady Brandon. Ya sabes que los pobres pintores nos tenemos que mostrar en sociedad de vez en cuando para recordar al público que no somos unos salvajes. Con frac y corbata blanca, como tú me dijiste en una ocasión, cualquiera, hasta un corredor de Bolsa, puede adquirir fama de persona civilizada. Bien, pues cuando llevaba unos diez minutos en el salón, hablando con enormes matronas demasiado emperifolladas y con académicos aburridos, de pronto me di cuenta de que alguien me miraba. Me volví un poco y vi a Dorian Gray por primera vez. Al encontrarse nuestras miradas, noté que yo empezaba a palidecer. Una curiosa reacción de terror se apoderó de mí. Supe que tenía enfrente a alguien cuya mera persona era tan fascinante que, de permitir yo que ocurriese, absorbería todo mi ser, toda mi alma, todo mi arte. No quería ninguna influencia externa en mi vida. Tú mismo sabes, Harry, lo independiente que soy por naturaleza. Mi padre quería que ingresara en el ejército; yo insistí en ir a Oxford. Luego me hizo ingresar en Middle Temple,<sup>1</sup> pero cuando solo llevaba media docena de cenas allí, dejé de prepararme para la abogacía y anuncié mi intención de ser pintor. Siempre he sido mi propio dueño, o al menos siempre lo fui hasta que conocí a Dorian Gray. En ese momento... es que no sé cómo explicártelo. Algo pareció decirme que estaba al borde de una terrible crisis. Tuve la extraña sensación de que el destino me deparaba intensas alegrías e intensas penas. Sabía que si hablaba con Dorian llegaría a sentir tal devoción por él que, por consiguiente, no debía hablarle. Me asusté y di media vuelta para marcharme de allí. No fue una cuestión de conciencia la que me

<sup>1</sup> Una de las cuatro agrupaciones profesionales de Londres a las que deben pertenecer los abogados para poder ejercer.

llevó a hacerlo, sino de cobardía. No me arrego ningún mérito por intentar huir.

—La conciencia y la cobardía son en realidad lo mismo, Basil. La conciencia es la razón social de la empresa, nada más.

—No estoy de acuerdo con eso, Harry. En cualquier caso, por el motivo que fuese (y tal vez fuera por orgullo, pues antes yo era muy orgulloso), lo cierto es que me fui abriendo paso hacia la puerta. Allí, por supuesto, me topé con lady Brandon. «Pero ¿no se irá a escapar tan pronto, señor Hallward!», exclamó. Ya conoces la voz tan estridente y horrible que tiene...

—Sí, es como un pavo real en todo menos en la belleza —dijo lord Henry mientras hacía pedazos la margarita con sus dedos largos y nerviosos.

—No conseguía librarme de ella. Me llevó a que conociera a miembros de la realeza, a gente que lucía la estrella de la Orden de la Jarretera y a señoras mayores con tiaras gigantescas y narices aguileñas. Me presentaba como su queridísimo amigo. Solo nos habíamos visto una vez antes de eso, pero estaba empeñada en tratarme como si yo fuera una celebridad. Creo que algún cuadro mío había tenido mucho éxito por entonces, o al menos habían coteado sobre él en la prensa barata, que es la que otorga el estándar de inmortalidad en este siglo XIX. De pronto me hallé cara a cara con el joven cuya persona tanto me había agitado de ese modo tan extraño. Estábamos muy cerca, casi tocándonos. Nuestras miradas volvieron a encontrarse. Fue una locura por mi parte, pero el caso es que le pedí a lady Brandon que me presentara. O tal vez a fin de cuentas no fuese una locura, sino algo sencillamente inevitable. Nos habríamos puesto a hablar sin necesidad de ninguna presentación, de eso estoy seguro. Lo mismo me dijo Dorian más tarde. Él también había sentido que estábamos predestinados a conocernos.

—Y ¿cómo describió lady Brandon a ese extraordinario joven? Sé que le gusta hacer un rápido resumen de todos sus

invitados. Recuerdo una ocasión en que me llevó ante la presencia de un anciano caballero de cara roja y aire malhumorado y agresivo, cubierto de condecoraciones y cintas, y, con un susurro muy melodramático que debió ser perfectamente audible para todos los del salón, me dijo al oído algo así como: «Sir Humpty Dumpty... habrá oído usted de él... estuvo en la frontera afgana y en intrigas contra Rusia... un hombre de mucho éxito... a su mujer la mató un elefante... el pobre quedó destrozado... quiere casarse con alguna viuda norteamericana hermosa como quiere todo el mundo hoy en día... odia al señor Gladstone... pero le interesan mucho los escarabajos... pregúntele qué piensa de Shuválov».<sup>2</sup> Salí huyendo de allí. Me gusta conocer a la gente por mí mismo, pero la pobre lady Brandon trata a sus invitados igual que un subastador a sus artículos. O bien los explica por completo, o te cuenta todo sobre ellos excepto justo lo que quieres saber. Pero ¿qué dijo del señor Dorian Gray?

—Murmuró: «Ah, un chico encantador... su pobre madre y yo éramos inseparables... nos casamos con el mismo hombre... no, quiero decir que nos casamos el mismo día, ¡qué tonta estoy! Ahora no me acuerdo a qué se dedica... bueno, creo que... no hace nada... Ah, sí, toca el piano... ¿o es el violín, mi querido señor Gray?». Los dos nos echamos a reír sin que pudiéramos contenernos y nos hicimos amigos al instante.

—La risa no es mal principio para una amistad, y es el mejor final —dijo lord Henry arrancando otra margarita.

Hallward se cubrió el rostro con las manos.

<sup>2</sup> William Gladstone fue Primer Ministro liberal de Gran Bretaña, y Pyotr Shuválov fue embajador ruso en Londres y siempre intentó mantener las buenas relaciones entre los dos países, con lo que ninguno de ellos puede ser del agrado de un conservador imperialista como sir Humpty Dumpty.

—No entiendes lo que es la amistad, Harry —murmuró—, ni, ya puestos, lo que es la enemistad tampoco. A ti te cae bien todo el mundo; es decir, todo el mundo te es indiferente.

—Pero ¡qué injusto eres! —exclamó lord Henry, al tiempo que se echaba el sombrero hacia atrás y miraba las pequeñas nubes que surcaban el amplio azul turquesa del cielo de verano, como bandadas enmarañadas de brillante seda blanca—. Sí, eres muy injusto. Establezco grandes diferencias entre la gente. Elijo a mis amigos por su atractivo, a mis conocidos por su carácter y a mis enemigos por su inteligencia. Hay que llevar mucho cuidado al escoger a los enemigos. No tengo ninguno que sea idiota. Todos son hombres de cierta valía intelectual, y por lo tanto todos me aprecian. ¿Es eso muy presuntuoso por mi parte? Creo que lo es bastante...

—Yo diría que sí, Harry. Pero, de acuerdo con tu clasificación, yo solo debo de ser un mero conocido.

—Mi querido Basil, tú eres mucho más que un conocido.

—Y mucho menos que un amigo. Entonces ¿una especie de hermano?

—¡Bah, los hermanos! Me dan igual los hermanos. Mi hermano mayor no se muere, y los pequeños parece que no hagan otra cosa.

—¡Harry!

—Mi querido amigo, no estoy hablando en serio. De todos modos, me es imposible no detestar a mis parientes. Supongo que se debe a que no soportamos que otros tengan los mismos defectos que nosotros. Comprendo bastante bien esa furia de la Democracia Inglesa contra lo que llaman los vicios de las clases altas. Piensan que el alcoholismo, la estupidez y la inmoralidad tendrían que ser de su propiedad exclusiva, y que cuando cualquiera de nosotros hace el imbécil, estamos metiéndonos en su terreno. Aquella vez que el pobre Southwark tuvo que comparecer ante el tribunal de divorcios, la indignación de toda esa gente fue

clamorosa. Y, sin embargo, no creo que ni el diez por ciento de las clases bajas vivan con sus propias mujeres.

—No estoy de acuerdo con una sola palabra de lo que has dicho, y, lo que es más, tampoco creo que lo estés tú, Harry.

Lord Henry se acarició la puntiaguda barba castaña y se dio unos golpecitos en la puntera de una bota de charol con su bastón de Malaca con borlas.

—Pero ¡qué inglés eres, Basil! Si uno le expone una idea a un verdadero inglés (lo cual siempre es una imprudencia), a este jamás se le ocurre considerar si la idea es correcta o no. Lo único que piensa que es importante es si él cree en ella. Pues bien, el valor de una idea no tiene nada que ver con la sinceridad de quien la expresa. De hecho, lo más probable es que cuanto menos sincero sea ese hombre, más intelectualmente pura sea la idea, ya que en ese caso no estará influenciada por sus carencias, sus deseos o sus prejuicios. Sin embargo, no tengo intención de hablar de política, sociología o metafísica contigo. Prefiero las personas a los principios. Cuéntame más de Dorian Gray. ¿Lo ves a menudo?

—Todos los días. No sería feliz si no lo viese todos los días. A veces solo es unos pocos minutos, claro está, pero unos pocos minutos con alguien a quien idolatras significan mucho.

—Pero no lo idolatras de verdad...

—Sí.

—¡Increíble! Y yo que pensaba que lo único que te interesaba era tu pintura, o debería decir tu arte. Arte suena mejor, ¿verdad?

—Para mí él es ahora todo mi arte. A veces pienso, Harry, que sólo hay dos eras importantes en la historia del mundo. La primera fue la aparición de un nuevo medio de expresión para el arte y la segunda, la aparición también de una nueva personalidad para el arte. Lo que la invención de la pintura al óleo fue para los venecianos, el rostro de Antínoo lo fue para la escultura griega tardía, y el rostro de Dorian Gray lo será algún día para

mí. No se trata únicamente de que yo pinte, dibuje o modele a partir de él. He hecho todo eso, por supuesto. Ha posado para mí como Paris con una espléndida armadura, y como Adonis con capa de cazador y bruñida jabalina. Coronado con grandes flores de loto, se ha sentado en la proa de la barcaza de Adriano mirando el verde y turbio Nilo. Se ha inclinado sobre la tranquila charca de algún bosque griego y ha contemplado en sus silenciosas y argénteas aguas la maravilla de su propia belleza. Pero para mí él es mucho más que eso. No te voy a decir que estoy insatisfecho de lo que he hecho con él, ni que su belleza es tal que el arte no puede expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y sé que lo que he pintado desde que conocí a Dorian Gray es bueno, las mejores obras de mi vida. Sin embargo, por curioso que resulte, y no sé si llegarás a entenderme, su persona me sugiere un estilo artístico totalmente nuevo, una forma radicalmente nueva. Veo las cosas de manera diferente, y pienso en ellas de manera diferente. Ahora puedo recrear la vida de un modo que antes me estaba oculto. «Un sueño de formas en días meditabundos...» ¿Quién dijo eso? No lo recuerdo, pero es lo que Dorian Gray ha supuesto para mí. La mera presencia visible de este chico (pues no me parece mucho más que un chico, aunque en realidad tiene más de veinte años), su mera presencia visible... ¡Ah, pero no sé si te das cuenta de todo lo que eso significa! Inconscientemente él define para mí las líneas de una nueva escuela, una escuela que ha de contener toda la pasión del espíritu romántico y toda la perfección del espíritu griego. La armonía de alma y cuerpo, ¡qué importante es! En nuestra locura las hemos separado y hemos inventado un realismo que es brutal y un idealismo vacuo. ¡Ay, Harry, Harry! ¡Si supieras lo que Dorian Gray significa para mí! ¿Te acuerdas de aquel paisaje mío por el que Agnew me ofreció una cantidad enorme, pero del que no quise desprenderme? Es de los mejores cuadros que he



hecho jamás. Y ¿por qué no quise? Porque, mientras lo pintaba, Dorian Gray estaba sentado a mi lado.

—¡Me asombra, Basil! Tengo que ver a ese Dorian Gray.

Hallward se levantó de su asiento y caminó de un lado a otro del jardín. Al cabo de un poco, volvió junto a él.

—No me entiendes, Harry —dijo—. Para mí Dorian Gray es un mero motivo artístico. No es que esté presente en mi obra aunque no aparezca su imagen en ella. Como digo, simplemente me sugiere un estilo nuevo. Lo veo en las curvas de ciertas líneas y en el encanto y la sutileza de ciertos colores, eso es todo.

—Entonces ¿por qué no quieres exponer su retrato?

—Porque he puesto en ese retrato todo el increíble romanticismo que siento y del que, por supuesto, nunca me he atrevido a hablarle. Él no sabe nada de eso y nunca lo sabrá. Sin embargo, el mundo podría figurárselo, y no pienso desnudar mi alma ante sus miradas superficiales e indiscretas, ni mi corazón estará jamás bajo su microscopio. Hay demasiado de mí en esa obra, Harry, demasiado de mí.

—Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Saben lo útil que es la pasión para publicar. Hoy en día un corazón roto da para muchas ediciones.

—Y los odio por eso. Un artista debería crear cosas hermosas, pero sin poner nada de su propia vida en ellas. Vivimos en una época en que los hombres tratan el arte como si tuviera que ser una especie de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Espero vivir para enseñarle al mundo lo que es eso, y por tal motivo el mundo nunca verá mi retrato de Dorian Gray.

—Creo que te equivocas, Basil, pero no voy a discutir contigo. Solo los perdidos intelectualmente discuten. Dime, ¿te tiene Dorian Gray mucho aprecio?

Hallward lo meditó unos instantes.

—Le caigo bien —contestó tras una pausa—; sé que le caigo bien. Claro que yo siempre estoy halagándolo muchísimo. Hallo un extraño placer en decirle cosas de las que sé que luego me arrepentiré. Me pongo en evidencia. Por lo general se muestra encantador conmigo, y nos vamos andando del club a casa cogidos del brazo o nos sentamos en el estudio a hablar de mil cosas. De vez en cuando, no obstante, se comporta de un modo desconsiderado que me espanta, y parece encontrar verdadero deleite en hacerme sufrir. Entonces pienso, Harry, que he entregado toda mi alma a alguien que la trata como si fuera una flor que ponerse en el ojal, un adorno que cautive su vanidad, un aderezo para un día de verano.

—Los días de verano tienden a ser largos, Basil. Quizá te canses tú antes que él. Es triste pensarlo, pero no cabe duda de que el talento dura más que la belleza. Eso explica que todos nos esforcemos tanto en educarnos en exceso. En la lucha salvaje por la existencia, queremos tener algo que perdure, así que nos llenamos la cabeza de datos y estupideces con la ridícula esperanza de seguir en nuestro sitio. El hombre perfectamente informado: ese es el ideal moderno. Pero la mente del hombre perfectamente informado es algo espantoso. Es como una tienda de baratijas, llena de monstruosidades y polvo, en la que todo vale más de su precio real. En cualquier caso, creo que tú te cansarás primero. Un día lo mirarás y te parecerá un poco demacrado, o no te gustará su tono de tez o lo que sea. Por dentro le reprocharás de todo con amargura y pensarás muy en serio que se ha portado muy mal contigo. La próxima vez que venga a verte, te comportarás con absoluta frialdad e indiferencia. Será una gran pena, porque eso te afectará. Lo peor de tener un romance es que lo deja a uno muy poco romántico.

—Harry, no digas esas cosas. Sé que, mientras viva, la persona de Dorian Gray me dominará. Tú no puedes sentir lo que yo. Tú cambias con demasiada frecuencia.

—Ah, mi querido Basil, precisamente por eso lo puedo sentir. Los que son fieles solo conocen los placeres del amor; son los infieles los que conocen sus tragedias.

Y lord Henry encendió una cerilla en una exquisita fosforera de plata y empezó a fumar un cigarrillo con aire afectado y ufano, como si acabara de resumir la vida en una frase. Había movimiento de gorriones que piaban en la hiedra, y las sombras azules de las nubes se perseguían como golondrinas por el césped. ¡Qué bien se estaba en el jardín! Y qué deliciosas resultaban las emociones de los demás! Mucho más deliciosas que sus ideas, o así se lo parecía a él. El alma de uno mismo y las pasiones de sus amigos: ésas eran las cosas fascinantes de la vida. Pensó con agrado en el aburrido almuerzo que se había perdido por quedarse tanto tiempo con Basil Hallward. De haber ido a casa de su tía, con toda seguridad se habría encontrado allí con lord Goodbody y la conversación habría girado por entero en torno al alojamiento de los pobres y la necesidad de tener buenos hospicios. ¡Qué encanto haberse librado de todo eso! Y, mientras pensaba en su tía, de pronto le vino algo a la cabeza. Se volvió hacia Hallward y exclamó:

—¡Mi querido amigo, lo acabo de recordar!

—¿Qué es lo que acabas de recordar, Harry?

—Dónde oí nombrar a Dorian Gray.

—Y ¿dónde fue? —preguntó Hallward frunciendo ligeramente el ceño.

—No te enfades tanto, Basil, que fue en casa de mi tía, lady Agatha. Me contó que había descubierto a un joven maravilloso que la iba a ayudar en el East End<sup>3</sup> llamado Dorian Gray. Me veo obligado a dejar constancia de que no me dijo en ningún momento que fuese un joven apuesto. Las mujeres no saben apreciar la belleza; al menos las mujeres buenas no saben. Dijo que era muy

<sup>3</sup> En labores benéficas para auxiliar a la clase trabajadora de esa zona de Londres.

entusiasta y de excelente carácter. De inmediato me imaginé a un ser con gafas y pelo lacio, lleno de pecas y que se movería desgarbadamente con pies enormes. Qué pena que no supiera que se trataba de tu amigo.

—Y yo cuánto me alegro de que no lo supieras, Harry.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que lo conozcas.

—El señor Dorian Gray está en el estudio, señor —anunció el mayordomo saliendo al jardín.

—¡Ah, pues ya no te queda más remedio que presentármelo!  
—se rio lord Henry.

Basil Hallward se volvió hacia el sirviente, que inmóvil parpadeaba bajo la luz del sol.

—Dígale al señor Gray que espere un momento, Parker; enseguida voy.

El otro se inclinó y se marchó por el sendero.

A continuación, Hallward miró a lord Henry.

—Dorian Gray es mi amigo más querido —le dijo—. Tiene un carácter sencillo y excelente. Tu tía llevaba toda la razón cuando te lo describió. No lo estropees por mí. No intentes influenciarle. Tu influencia sería perniciosa. El mundo es muy grande y en él habitan muchas personas maravillosas. No me arrebates la única que hace que para mí la vida sea absolutamente encantadora y que proporciona a mi arte el mérito o encanto que pueda poseer. Y ten en cuenta, Harry, que confío en ti.

Habló muy lentamente, y casi pareció como si le arrancasen las palabras en contra de su voluntad.

—Mira que dices tonterías —afirmó lord Henry con una sonrisa, tras lo que, cogiendo a Hallward del brazo, prácticamente lo metió en la casa.